Alejandro Díaz Fernández (ed.)

Después de Mantinea

El mundo griego y Oriente ante el ascenso de Macedonia

bellaterra arqueología

Esta edición ha sido parcialmente costeada a través del Proyecto de Jóvenes Investigadores «Macedonia, Filipo y el siglo IV a.C.: el mundo griego ante el nacimiento de una potencia» (PPIT.UMA.B1.2017/34), correspondiente al I Plan Propio de Investigación y Transferencia del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Málaga, así como del Grupo de Estudios Historiográficos (HUM-394) de la Junta de Andalucía y de los fondos de investigación del Departamento de Ciencias Históricas y del Área de Historia Antigua de la Universidad de Málaga.

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Coordinación editorial: Mari Paz Ortuño

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-18723-000-0

Impreso en Prodigitalk. Martorell (Barcelona)

Índice

Después de Mantinea: un prólogo necesario

Mantinea es hoy el nombre de una modesta localidad de Arcadia, cercana a la moderna Trípoli, situada en la península del Peloponeso, en una planicie delimitada por diversas elevaciones que conduce hacia la cuenca del río Eurotas y a los dominios que un día constituyeron el corazón de Esparta. De acuerdo con el testimonio del geógrafo griego Estrabón (8.8.2), Mantinea no era en su época (ca. 64 a.C.-ca. 24 d.C.) sino la sombra de lo que había sido en el pasado: una pujante *pólis* que había sostenido continuas disputas con la vecina Tegea y que nunca cejó en su voluntad de preservar su independencia en contra del intervencionismo espartano. De hecho, en el año 418 a.C., en plena Guerra del Peloponeso, las tropas del rey Agis invadieron la llanura de Mantinea y derrotaron a los mantineos, a los argivos y a sus aliados en una batalla que consolidó el dominio espartano en el Peloponeso y determinó al mismo tiempo el curso de la guerra con los atenienses (Thuc. 5.64-74). Más de cinco décadas después, en julio del año 362, el destino de Grecia volvió a dirimirse en la planicie de Mantinea, esta vez entre una coalición constituida, paradójicamente, por espartanos y atenienses y las tropas de Tebas, la *pólis* que, justo nueve años antes (371) y de manera inesperada, había privado a los espartanos de la hegemonía de Grecia merced a su victoria en Leuctra, Beocia (Xen. *Hell*. 6.4.4-15). Mantinea parecía llamada a decidir el porvenir del mundo griego, pero la batalla tuvo un desenlace incierto. Aunque la victoria se decantó del lado de Tebas, Epaminondas, principal estratego y verdadero emblema de la causa tebana (más si cabe tras la desaparición, sólo unos años antes, de Pelópidas), cayó muerto en la contienda y dejó a los beocios sin un líder capaz de sacar provecho de la situación. La hegemonía de Tebas parecía así desvanecerse, provocando al mismo tiempo en el tablero político griego una sensación de desconcierto e incertidumbre con la que Jenofonte decidió concluir años después el relato de sus *Helénicas*:[1]

1. Xen. *Hell*. 7.5.26-27: τούτων δὲ πραχθέντων τοὐναντίον ἐγεγένητο οὗ ἐνόμισαν πάντες ἄνθρωποι ἔσεσθαι. συνεληλυθυίας γὰρ σχεδὸν ἁπάσης τῆς Ἑλλάδος καὶ ἀντιτεταγμένων, οὐδεὶς ἦν ὅστις οὐκ

> Después de estos acontecimientos, sucedió lo contrario de lo que todos pensaban que pasaría. Pues, tras haber concurrido casi toda Grecia y haberse enfrentado entre sí, no había nadie que no intuyera que, si se producía la batalla, unos ejercerían el poder desde una posición de dominio y otros pasarían a ser dominados en calidad de súbditos. Pero la divinidad actuó de tal manera que ambos levantaron un trofeo como vencedores y ninguno de los dos impidió hacerlo a quienes lo ponían en pie; y ambos devolvieron los cadáveres como vencedores bajo tregua y ambos los recibieron como perdedores bajo tregua. Aunque cada una de las partes afirmaba que había vencido, ninguna de las dos vio que se incrementaran sus tierras, su ciudad o su poder con respecto a antes de sucederse la batalla. Antes bien, todavía hubo en Grecia mayor confusión y desorden después de la batalla que antes.

Mantinea constituye en cierta manera el epílogo de una época dominada no sólo por espartanos y atenienses, como principales actores y desencadenantes de la Guerra del Peloponeso, sino por toda una serie de potencias secundarias que habían ido ganando cada vez mayor protagonismo dentro del mundo griego –más allá incluso de Tebas y del ámbito de la *pólis*– hasta completar un escenario político sumamente complejo y, tras la batalla de Mantinea, además, de porvenir incierto. Jenofonte, que murió en el año 354, ya no viviría para contarlo, pero será precisamente sobre ese sombrío panorama que dibuja el autor en sus *Helénicas* sobre el que comenzará a cimentar su dominio un nuevo actor, completamente inesperado, que devino con el paso de los años en la principal potencia del momento y que conduciría al mundo griego hacia un horizonte político e histórico sustancialmente distinto. Hablamos, por supuesto, de Macedonia.

Apenas unos años después de que los griegos se sumieran en esa suerte de callejón sin salida que supuso la batalla de Mantinea, el trono de Macedonia pasó súbitamente a manos del joven Filipo, hijo menor de Amintas III (393-369), como consecuencia de la muerte en combate de su hermano Pérdicas a manos de los ilirios (360/359). Aunque Jenofonte no lo sabía ni podía sospecharlo, aquel joven monarca que, con sólo veintidós primaveras, había asumido el poder en Macedonia en una situación crítica (tal vez en un primer momento como simple regente de su sobrino Amintas) se convirtió al cabo de los

---

ᾤετο, εἰ μάχη ἔσοιτο, τοὺς μὲν κρατήσαντας ἄρξειν, τοὺς δὲ κρατηθέντας ὑπηκόους ἔσεσθαι· ὁ δὲ θεὸς οὕτως ἐποίησεν ὥστε ἀμφότεροι μὲν τροπαῖον ὡς νενικηκότες ἐστήσαντο, τοὺς δὲ ἱσταμένους οὐδέτεροι ἐκώλυον, νεκροὺς δὲ ἀμφότεροι μὲν ὡς νενικηκότες ὑποσπόνδους ἀπέδοσαν, ἀμφότεροι δὲ ὡς ἡττημένοι ὑποσπόνδους ἀπελάμβανον, νενικηκέναι δὲ φάσκοντες ἑκάτεροι οὔτε χώρᾳ οὔτε πόλει οὔτ᾽ ἀρχῇ οὐδέτεροι οὐδὲν πλέον ἔχοντες ἐφάνησαν ἢ πρὶν τὴν μάχην γενέσθαι· ἀκρισία δὲ καὶ ταραχὴ ἔτι πλείων μετὰ τὴν μάχην ἐγένετο ἢ πρόσθεν ἐν τῇ Ἑλλάδι. ἐμοὶ μὲν δὴ μέχρι τούτου γραφέσθω· τὰ δὲ μετὰ ταῦτα ἴσως ἄλλῳ μελήσει (trad. del autor).

años en el verdadero protagonista de la política griega, hasta el punto de cambiar para siempre el devenir histórico del mundo helénico. Las poco más de dos décadas que van de la subida al poder de Filipo hasta su dramática muerte en el teatro de Egas, en octubre de 336, asistieron al ascenso y la consolidación de Macedonia como potencia indiscutible de Grecia a través de un proceso coronado con la victoria de Queronea y la posterior constitución de una coalición pretendidamente panhelénica, concebida en un principio con la intención de devolver a los griegos el dominio de Asia y de vengar los daños causados más de un siglo antes por las tropas persas; de esta manera, Filipo dejaba debidamente trazado el camino por el que habría de transitar el mundo griego de la mano de Alejandro.

A pesar del determinante papel cumplido por Filipo durante los años que sucedieron a la batalla de Mantinea, nuestro volumen no nace con la pretensión de presentar una semblanza del monarca macedonio ni de estudiar los distintos aspectos de su intenso reinado. Aunque, sorprendentemente, no se ha publicado todavía una biografía de Filipo de Macedonia dentro del panorama editorial hispano, trabajos recientes como la monografía editada hace sólo unos años por Borja Antela Bernárdez y Marc Mendoza han venido a suplir en cierta medida esa carencia, sin olvidar por supuesto las múltiples contribuciones realizadas en otras lenguas por especialistas tan destacados como Nicholas Hammond, Ian Worthington o Giuseppe Squillace, por citar tan sólo algunos ejemplos.[2] Nuestro propósito, insistimos, es otro. A partir de la singular instantánea con la que concluyen las *Helénicas* de Jenofonte, la intención del presente volumen es detenernos justamente en el marco de ese mundo que parece colapsar en la planicie de Mantinea y que asiste casi sin solución de continuidad al nacimiento de una potencia capaz de eclipsar no sólo a los demás poderes griegos, sino al mismísimo Imperio Persa. Mantinea constituye pues, tal y como indica el título, el hito desde el que pretendemos mirar a una Grecia marcada por los sucesos que habían jalonado el siglo quinto y que caminaba, ya en el siglo cuarto, hacia un nuevo escenario nacido precisamente de las cenizas de Mantinea, como bien apunta Justino en su epítome de las *Historias Filípicas* (6.9.6-7). Durante las últimas décadas, no han sido pocos los historiadores que han puesto su atención en la primera mitad del siglo cuarto, subrayando su importancia dentro de la historia griega y superando esa visión decimonónica que convertía tan particular periodo en una decadente etapa de transición entre los coletazos de la Guerra del Peloponeso y la

2. N. G. L. Hammond, 1994; I. Worthington, 2008; G. Squillace, 2022, con bibliografía; B. Antela Bernárdez y M. Mendoza, 2021. No podemos dejar de citar a este respecto la reciente incorporación al mundo académico de la revista *Karanos. Bulletin of Ancient Macedonian Studies*, por iniciativa de la Universitat Autònoma de Barcelona.

época de Alejandro.[3] Atendiendo a este mismo interés, presentamos aquí, en suma, un trabajo colectivo centrado en las circunstancias políticas, sociales y culturales desde las que los distintos actores del mundo griego (incluidos también los persas) contemplaron los hechos sucedidos en Mantinea y sus inmediatas consecuencias, con la intención de determinar al mismo tiempo hasta qué punto condicionaron o posibilitaron, según sostiene Justino, el posterior ascenso de Macedonia a la condición de potencia hegemónica de Grecia.

A este propósito responden las catorce contribuciones que componen nuestro volumen, cada una de ellas atendiendo a una perspectiva de estudio distinta: desde la situación por la que pasaban entonces las diversas potencias griegas o la monarquía aqueménida, hasta el desarrollo de la guerra o de disciplinas tan esenciales para el conocimiento de la época como la geografía y la historiografía, sin olvidar naturalmente las siempre complejas relaciones entre griegos y persas. Cinzia Bearzot (Università Cattolica del Sacro Cuore, Milán) nos inicia en este camino a través de una completa –a la vez que necesaria– visión de conjunto de esa Grecia de la primera mitad del siglo cuarto que desemboca en la batalla de Mantinea, caracterizada por la multiplicación de poderes políticos, en contraste con la bipolaridad que había dominado la centuria anterior, y la constante búsqueda de soluciones destinadas a consolidar una paz cada vez más volátil. Desde este primer capítulo introductorio, la obra nos traslada a continuación a los principales rincones del mapa político de la época, empezando aquí, de la mano de Franca Landucci (compañera de Cinzia Bearzot en la Università Cattolica del Sacro Cuore), por Macedonia, cuyas circunstancias y peculiaridades históricas son debidamente tratadas por la autora con la intención de acercarnos a los cambios acontecidos en un reino que, durante el siglo cuarto, pasó de cumplir un discreto papel secundario en la escena internacional a dominar el mundo griego y liderar, incluso, la lucha contra los persas.

Atenas y Esparta constituyen los temas de estudio de las dos siguientes contribuciones, a cargo, respectivamente, de Laura Sancho Rocher (Universidad de Zaragoza) y César Fornis (Universidad de Sevilla). A pesar de haber copado todo el protagonismo en el siglo quinto y en las primeras décadas del cuarto (particularmente en lo que respecta a Esparta), ni atenienses ni espartanos parecían ya en condiciones de disputar la hegemonía en el escenario resultante de la batalla de Mantinea, más, si cabe, en el caso de Atenas tras la práctica disolución de la segunda Liga Marítima en el año 355 y el consecuente desencadenamiento de una crisis económica que, tal y como subraya Laura Sancho en su capítulo, consiguieron paliar, no obstante, las medidas

3. Así, por ejemplo, J. Buckler, 2003; también L. A. Tritle, 1997. Más recientemente, cabe destacar la monografía colectiva editada por J. Pascual, B. Antela Bernárdez y D. Gómez Castro, 2018.

planteadas, primero, por Eubulo y, años después, tras Queronea, por Licurgo. No era mejor la situación en Esparta; de hecho, tras el revés encajado casi una década antes en Leuctra, Mantinea constató la decadencia de una *pólis* incapaz no sólo de mantener la hegemonía impuesta tras el desenlace de la guerra con los atenienses, sino de preservar incluso su histórico dominio sobre la península del Peloponeso. Así lo destaca César Fornis en un esclarecedor estudio en el que el autor detalla las claves que determinaron el desmoronamiento del poder espartano, así como los sucesivos intentos de Arquídamo por conservar todavía cierto protagonismo político cuando ya había surgido en el horizonte la figura de Filipo de Macedonia.

De Atenas y Esparta pasamos al tercero de los actores que protagonizan la primera mitad del siglo cuarto griego, Tebas, a la que José Pascual (Universidad Autónoma de Madrid) dedica su correspondiente capítulo. Aunque el inicio de la decadencia tebana suele ponerse en relación no ya con el desenlace de la batalla de Mantinea, sino, particularmente, con el desarrollo de la Tercera Guerra Sagrada, una lectura más detenida de los acontecimientos, como la que nos plantea el autor, desvela que el debilitamiento del dominio tebano comenzó como tal años antes, en buena parte como consecuencia de la considerable inversión que suponía para los beocios y demás aliados de Tebas el sostenimiento de su supremacía. No debemos olvidar, en todo caso, que, pese a la brevedad de su hegemonía, la conversión de Tebas en la potencia dominante de Grecia supuso un episodio trascendental en la historia helénica al romper la dicotomía que había caracterizado la centuria anterior y propiciar la aparición de terceros poderes nacidos al calor de la victoria tebana en Leuctra y del consecuente hundimiento de Esparta. Atendiendo justamente a este hecho, María Cruz Cardete del Olmo (Universidad Complutense de Madrid) nos traslada en el siguiente capítulo a Arcadia, uno de esos rincones de la geografía griega que comenzaron a reclamar un sitio en el tablero político tras la intervención de las tropas tebanas en el Peloponeso. Así lo indican dos sucesos esenciales para entender las pretensiones de los arcadios en los años que suceden al colapso espartano en Leuctra y a los que Maria Cruz Cardete concede especial atención: el sinecismo de Megalópolis y la constitución de la Confederación Arcadia, iniciativa concebida con vistas a una unidad que no sobrevivió, pese a todo, a la batalla de Mantinea. Mayor protagonismo tendrá a la postre Tesalia, tal y como subraya a continuación Sławomir Sprawski (Uniwersytet Jagielloński, Cracovia), donde la presencia previa de una liga o *koinón* coadyuvó a articular los proyectos hegemónicos de los tiranos de Feras, concretamente de Jasón y su sobrino Alejandro, quienes marcaron en cierta manera la senda por la que caminaría de inmediato Filipo de Macedonia.

Después de esta mirada al mapa político de Grecia, el volumen se detiene en una serie de aspectos que contribuyen sin duda a una mejor comprensión

del desarrollo del mundo heleno en el siglo cuarto, comenzando por el fenómeno de la guerra. Fernando Echeverría (Universidad Complutense de Madrid) dedica sus páginas a tratar los cambios y continuidades patentes en un ámbito, el de la guerra, condicionado inevitablemente por una situación política y social cada vez más convulsa y que, más allá de la introducción de ciertas novedades, conoció ante todo en estos años un verdadero sobredimensionamiento con relación a la etapa anterior. De las armas pasamos a las letras a través de sendos estudios dedicados a la historiografía y la geografía griegas, géneros a menudo ensombrecidos, en lo que respecta al siglo cuarto, no sólo como consecuencia de lo poco que conservamos de este periodo, sino por haber vivido tradicionalmente sometidos a la permanente comparación con las obras de Heródoto y Tucídides. Miguel Ángel Rodríguez Horrillo (Universidad de Zaragoza) nos presenta en su trabajo una completa caracterización de la historiografía griega en el tránsito de Tucídides a Alejandro, concediendo particular atención a las distintas tendencias por las que se condujo entonces el género y que se traducirán en una considerable variedad de planteamientos y perspectivas (de carácter general, localistas, trágicas) como signo, a su vez, de la complejidad de la época. Deudora e inseparable compañera de viaje de la historiografía desde su génesis, la geografía, por su parte, comienza a cumplir en el siglo cuarto un papel verdaderamente capital en la narrativa histórica, determinado por la implicación de actores cada vez más diversos en el panorama político y la ampliación de unos horizontes que no se circunscribían ya al ámbito egeo, en una tendencia que se consolidará plenamente con las conquistas de Alejandro y el desarrollo del Helenismo, tal y como apuntan Encarnación Castro-Páez y Gonzalo Cruz Andreotti (Universidad de Málaga) en su capítulo.

Hablar del mundo griego después de Mantinea implica por supuesto hacerlo también de quienes constituyeron históricamente sus principales y más poderosos vecinos, los persas, más, si cabe, por hallarnos ante un periodo que supone el verdadero epílogo de las relaciones entre los griegos y el Gran Rey. A este propósito responden las cuatro contribuciones que completan el presente volumen, si bien cada una desde un punto de vista distinto. Francisco Javier Gómez Espelosín (Universidad de Alcalá) nos acerca al estudio del continente asiático –casi a modo de continuación con el capítulo anterior– no sólo como parte del imaginario geográfico de los griegos, sino como eventual objetivo de conquista por parte de éstos, subrayando, entre otros aspectos, las contradicciones patentes en la percepción griega del mundo persa. Alejandro Díaz Fernández (Universidad de Málaga) continúa por la misma senda de la mano de un trabajo centrado, en este caso, en la idea de la guerra contra el persa, proyecto concebido como emblema de la causa panhelénica que comenzará a ser reivindicado con cierta insistencia como solución a la situación por la que pasaba Grecia y que se materializará, a la postre, en ese mundo

modelado por la hegemonía macedonia tras el desenlace de Mantinea. Manel García Sánchez (Universitat de Barcelona), por su parte, nos devuelve de nuevo a la imagen griega del persa desde el concepto de la alteridad; una imagen, la del *otro* persa, que, como bien indica el autor, no variará de manera sustancial con respecto a la centuria anterior, pese a los notables cambios que conoció el mundo griego desde inicios del siglo cuarto, sino que continuará sujeta, en esencia, a los mismos tópicos con los que había sido concebida en su momento, como verdadero contrapunto de la virtud griega. Por último, Christopher J. Tuplin (University of Liverpool) cierra la obra con un certero estudio sobre la tornadiza situación del Imperio Aqueménida durante la primera mitad del siglo cuarto, concediendo particular atención a una de las cuestiones ya señaladas al comienzo de este prólogo, esto es, en qué medida incidió el devenir político de Persia –y, muy especialmente, las convulsiones desatadas en el seno de ciertas satrapías– en la sucesión de acontecimientos que condujo a la desaparición del Imperio a manos de Alejandro. Qué duda cabe que es complicado dar una respuesta concluyente a este respecto, pero, en cualquier caso, todo parece indicar, cuando menos, que ni Persia ni ninguna de las potencias griegas se hallaban entonces en las mejores condiciones para detener el avance macedonio.

Más allá de los contenidos planteados, las catorce contribuciones que modelan este libro coinciden en la decidida voluntad de sus autores –todos contrastados especialistas en cada uno de sus temas– de trasladar al lector un dibujo lo más completo y certero posible, a la vez que manejable, de una etapa tan particular como decisiva de la Antigüedad clásica; y de hacerlo por supuesto, como no podía ser menos, desde la necesaria fidelidad a las fuentes. De ahí, por ejemplo, que nos hayamos decantado por incluir los pasajes en griego y latín junto a las correspondientes traducciones de los autores clásicos, en la certeza de que traducir supone siempre interpretar. Hemos incorporado asimismo una lista completa de las abreviaturas de los autores antiguos y de las colecciones de fuentes manejadas a fin de facilitar su consulta, correspondiendo las utilizadas en la bibliografía a las convenciones indicadas en *L'Année Philologique*. De acuerdo con el criterio de la editorial, las contribuciones de Cinzia Bearzot, Franca Landucci, Sławomir Sprawski y Christopher J. Tuplin han sido traducidas y convenientemente revisadas para su publicación por el autor de estas líneas.

A pesar del desalentador abandono al que las políticas educativas vienen sometiendo desde hace años a los estudios clásicos, deseamos despertar con esta obra el interés de cualquier persona dispuesta a mejorar su comprensión y sus conocimientos de la historia y la cultura griegas, pertenezca o no al ámbito académico. Hay cierta tendencia en este mundo que nos ha tocado vivir a valorar todo de acuerdo con una utilidad puramente material o prác-

tica que, por supuesto, no entiende cuanto de valioso tiene el estudio del pasado; reducir la historia a un saber meramente acumulativo sin mayor trascendencia en nuestras vidas supone, dejando otras consideraciones aparte, desconocer que es precisamente la historia la que mejor puede ayudarnos a comprender en toda su complejidad nuestro presente, sea cual sea éste. Supone, en suma, desconocer su papel como verdadera *magistra uitae*, sirviéndonos aquí de las palabras de Cicerón (*de Or.* 2.36), por cuanto la historia nos recuerda en cada momento que los hombres caminamos siempre por senderos ya transitados; y aquella Grecia de porvenir incierto que esboza Jenofonte a modo de coda de sus *Helénicas* puede ser, sin duda, una estupenda *maestra* para una sociedad de porvenir tan incierto como la nuestra.

No podemos concluir este prólogo sin dejar constancia de nuestra sincera gratitud hacia todos cuantos han hecho posible que este libro, estimado lector, esté hoy entre sus manos. La iniciativa del trabajo colectivo que aquí presentamos partió de un pequeño proyecto nacido en el año 2018 bajo el título de «Macedonia, Filipo y el siglo IV a.C.: el mundo griego ante el nacimiento de una potencia» (PPIT.UMA.B1.2017/34), que contó con el respaldo del I Plan Propio de Investigación y Transferencia del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Málaga, a través de su convocatoria de ayudas para jóvenes investigadores, y que contemplaba entre sus objetivos la celebración de un seminario internacional del que había de ser resultado el presente volumen. Lamentablemente, el súbito desencadenamiento de la pandemia que nos ha sacudido durante estos años impidió la realización de aquel encuentro, si bien nunca desistimos de nuestro deseo de continuar adelante con la publicación de las distintas contribuciones, pese a las complicaciones que se cruzaron en el camino y a la particular impericia de quien escribe estas palabras. A este decidido propósito han coadyuvado también de manera determinante la buena disposición manifestada desde un primer momento por la editorial, a través de José Luis Ponce, y, por supuesto, la comprensión y la inmensa paciencia de todos y cada uno de los autores que han participado en este libro, así como la inestimable colaboración del Grupo de Estudios Historiográficos (HUM-394) y del Área de Historia Antigua y el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Málaga, personalizada en mis queridos compañeros Fernando Wulff Alonso, Manuel Álvarez Martí-Aguilar y, muy especialmente, Gonzalo Cruz Andreotti, sin cuyo apoyo, siempre apreciado, habría sido casi imposible culminar este trabajo. A todos ellos va dedicado, de corazón, este volumen.

A todos ellos, de corazón: ¡gracias!

Alejandro Díaz Fernández

3. Atenas tras la Guerra Social: Transformaciones institucionales en las épocas de Eubulo y Licurgo

Laura Sancho Rocher[1]

La batalla de Mantinea (362 a.C.) con la que Jenofonte cierra sus *Helénicas* es una fecha umbral para la historia de Grecia. La muerte de Epaminondas convirtió la victoria tebana en estéril para Beocia. Por otro lado, el ascenso de Filipo dos años después (360) al trono de Macedonia anunciaba el advenimiento de un nuevo escenario en la historia griega.

En la década de los 360 Atenas había llevado a cabo guerras imperialistas en Tracia y los Estrechos, fruto de las cuales había «recuperado» plazas como Pidna, Metone, Anfípolis y el Quersoneso. Suele interpretarse que esta política, que en buena parte es protagonizada por Timoteo, fue el desencadenante profundo de la Guerra Social que enfrentó a Atenas con algunos de los miembros de la segunda Liga naval. Impulsores próximos del conflicto eran, lógicamente, Tebas y el rey Mausolo que tenían motivos suficientes para intentar quebrar el nuevo poderío adquirido por Atenas en el Egeo. Contra Atenas se levantaron los aliados más poderosos (Bizancio, Quíos, Rodas y Cos), los que poseían barcos que podían hacer peligrar la hegemonía naval de Atenas.[2] El inicio del conflicto (357) coincidió con la conquista de Anfípolis por Filipo, hecho contra el que Atenas no pudo hacer nada, a pesar de proclamarse en vano dueña de esta ciudad desde que la perdiera en 424. La derrota ateniense en Embata en 355 auguraba que jamás iba a reconquistar su preciada colonia sobre el Estrimón.

Si la fecha de 362 marca el punto de inflexión para la Hélade, la del 355 lo hace para la ciudad de Teseo. La Atenas posterior a la Guerra Social es la que ha dado en identificarse con dos políticos –Eubulo y Licurgo– a los que

1. Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. Trabajo inscrito en el Proyecto PID2020-112558GB-I0 del Ministerio de Ciencia e Innovación.
2. G. L. Cawkwell, 1981b; 1984.

se atribuyen algunas de las medidas más novedosas de los últimos años de la democracia ateniense (355-323). En estas páginas nos preguntamos por esos cambios o transformaciones, por qué idearios los acompañaron, qué grupos políticos los propiciaron y por las consecuencias que tuvieron sobre la vida de los ciudadanos y sobre el mismo sistema político.

1. La nueva política económica

El largo período en que, al frente de la segunda Liga naval, Atenas había intentado resucitar la hegemonía imperial del siglo v, desembocó en una onerosa crisis bélica que aceleró cambios importantes en la mentalidad política y económica de muchos ciudadanos de Atenas. Reflejo de ello son dos escritos del momento: *Sobre la Paz* de Isócrates, e *Ingresos* de Jenofonte, que coinciden en aconsejar la renuncia a la política agresiva. El discurso de Isócrates debió de ser redactado en la fase final de la guerra contra los aliados, y el tratado de Jenofonte, justo después. Ambos desechan seguir la línea política tradicional de identificar dominación marítima y grandeza de la ciudad.

Isócrates argumenta largamente sobre las ventajas de la paz (8.19 y 25-26), la cual traería consigo un marco ético que este autor contrapone al del imperio.[3] La *arché* marítima encarnaba la injusticia del fuerte sobre el débil y, a pesar de ello, había conducido a la penuria actual (8.32 y 69).[4] Antes del apogeo del imperio –que era posterior a la muerte de Pericles– los atenienses vivían bien y gozaban de fama entre los griegos. Pero el imperialismo trajo como causa la pobreza de los ciudadanos, así como el deterioro de la democracia. Isócrates denuncia a los malos oradores o demagogos que preferirían, dice, que los ciudadanos dependieran de la ciudad en lugar de ser independientes económicamente (8.129-131). Lamenta que muchos pobres viviesen de los sueldos de las asambleas y los tribunales, al estar necesitados de todo. En consecuencia, se convertían en clientela de los políticos que les daban de comer. Por eso estos oradores no buscarían el modo en que los más pobres se procuraran los medios de vida, sino que querrían igualar a todos en la penuria. La paz aumentaría los recursos de la ciudad y pondría final a los gravosos costes militares que repercutían en los impuestos sobre el capital (εἰσφορά) que pagaban los ciudadanos acomodados, y en las liturgias militares –las llamadas *trierarquías*– (8.20). Abandonar el imperio permitiría propiciar una alianza panhelénica en la que Atenas tuviera la primacía ética. Seguramente

3. D. Gillis, 1970; J. Davidson, 1990.

4. A. Fuks, 1972 fue pionero en hacer hincapié en la preocupación de Isócrates por la pobreza asociada a la guerra.

Isócrates tenía la mente puesta en el que fue su proyecto a lo largo de toda su vida: la guerra contra el Imperio Persa y la conquista de territorios donde poder asentar a tanto pobre sin tierras y a tanto mercenario como había en la Hélade.

En Jenofonte encontramos un proyecto más elaborado y concreto,[5] que nace de la misma convicción sobre la necesidad de renunciar a la política imperialista, aplicada hasta el momento, y optar decididamente por la paz (*Vect.* 5.1-3). Igual que Isócrates, sostenía Jenofonte que Atenas debería volver a una hegemonía basada en la benevolencia, por lo que indagó las vías para que la ciudad fuera próspera gracias a la explotación de sus propios recursos (5.5-6 y 11).[6] También como Isócrates, esperaba liberar a los ricos de cargas excesivas, asegurar el sustento de los pobres y recuperar la fama para la ciudad (6.1).[7] Empieza su escrito declarando que su objetivo es evitar la pobreza del *dêmos* y pensar cómo sería posible que los ciudadanos vivieran de los recursos de la ciudad (1.1), teniendo en cuenta que el Ática es excelente en agricultura y otros bienes naturales (mármol, plata), aparte de las ventajas que presenta de cara al comercio (1.3-5; 3.1). Una moneda fuerte (3.2), pensaba, atraería la actividad comercial.[8] La idea novedosa en *Ingresos* era que producir para intercambiar e, incluso, acumular capital era beneficioso para todos (4.51).[9] Estaba persuadido de que la extracción de plata podía mejorarse y que las vetas áticas apenas tenían límite (4.11, 26). Proponía también favorecer el asentamiento de extranjeros ricos[10] que trabajasen e invirtieran en Atenas (2.1-2), para lo que habría que tomar medidas como permitirles la adquisición de inmuebles (2.6) y otorgarles algunos honores (2.5). También habría que favorecer el comercio marítimo, mediante garantías y rapidez para resolver litigios (3.3), porque eso aportaría ingresos en forma de tasas

5. J. D. Lewis, 2009. Para S. Schorn, 2012 el proyecto que encierra el ensayo sería reflejo del concepto socrático-jenofonteo de liderazgo basado en el carisma. Las características del líder (dominio de sí, justicia) generarían confianza y obediencia en los gobernados. La *eudaimonía* de la comunidad exigía un mínimo bienestar material.

6. J. Dillery, 1993, p. 7.

7. Para el trióbolo: Xen. *Vect.* 3.9. F. Vannier, 1993 ve coincidencias con el plan de Eubulo. P. Gauthier, 1976, pp. 20-30 y 244; 1984; 2010 defiende que Jenofonte diseñó un proyecto cuyo pleno desarrollo sólo se produciría a largo plazo pero que, de forma inminente, podría asegurar los μισθοί para el δῆμος [pobres] (asamblea y tribunales) y liberar a los ricos de la εἰσφορά. El objetivo de Jenofonte sería aumentar las rentas de la ciudad (4.33-35) no las de los particulares.

8. Cf. D. T. Engen, 2001; 2005; G. E. Halkos y N. C. Kyriazis, 2010, pp. 265-266.

9. Frente a Polanyi y Finley, T. J. Figueira, 2012 defiende que Jenofonte sí argumenta sobre conceptos económicos.

10. J. Jansen, 2012, pp. 746-52 subraya la novedad de favorecer a los extranjeros domiciliados con la progresiva dilución de las diferencias con los ciudadanos.

que asegurarían los μισθοί, «retribuciones» (3.5). Recomendaba que en esos momentos fuera creado, mediante εἰσφοραί («contribuciones»), un fondo (ἀφορμή) para hacer inversiones rentables (3.6-9), como la adquisición de barcos de mercancías y de esclavos públicos para la explotación minera intensiva (3.14; 4.1-5, 17-26).[11] Gracias a todos los ingresos se consolidaría la τροφή («manutención») de los más pobres (4.33; 6.1), lo que alejaría el malestar social. Jenofonte preveía que Atenas de este modo adquiriera un nuevo tipo de hegemonía cultural y económica que, además, hiciera posible el mantenimiento de los ciudadanos más pobres.

Estos escritos reflejan un cierto estado de opinión que se iba abriendo camino en Atenas y que acompaña al giro político atribuido a Eubulo a partir del año 355.[12] De este político ateniense tenemos noticias dispersas que siempre lo asocian a la gestión de las finanzas de Atenas y al aumento de los ingresos de la ciudad que, desde el mínimo de ciento treinta talentos correspondiente al final de la Guerra Social, habría alcanzado los cuatrocientos en la fase de ascenso de Filipo (Plut. *Mor.* 812f; Dem. 10.37-38; Theopomp. *FGrH* 115 F166). Eubulo sería bien el creador del Teórico, bien su reorganizador (Just. *Epit.* 6.9.1-5; *schol. Aeschin.* 3.24).

El Teórico, como subsidio de dos óbolos para la asistencia a las representaciones dramáticas, es posible que provenga de la época de Pericles (Plut. *Per.* 9).[13] Pero en esos momentos no existía aún ni regularidad en las ayudas ni un fondo concreto para las mismas. La creación de un tesoro público desde el que repartir los donativos, una caja administrada por un prepósito ayudado por una comisión, que se haría cargo de todo un abanico de subvenciones en múltiples festejos y, además, de la administración y gestión de buena parte de las inversiones públicas de la ciudad (Aeschin. 3.25), es algo que seguramente fue parte de la política de Eubulo de Anaflisto (Harp. *s. v.* Θεωρικά).[14] Lo que los discursos demosténicos nos dejan conocer es un conflicto acerca de cómo debería distribuirse el dinero público de la ciudad. Conviene que hagamos un breve paréntesis para abordar mejor la explicación de la polémica.

Desde principios del siglo IV se había instaurado el hábito de proceder al inicio del año oficial a la distribución (μερισμός)[15] de las rentas de la ciudad entre las diversas instituciones y magistrados ([Arist.] *Ath. Pol.* 48.2) y, desde

11. Se empezaría comprando mil doscientos esclavos y la cifra final había de ser de tres esclavos por ciudadano, en suma, unos noventa mil (Xen. *Vect.* 4.17 y 23-24).

12. G. L. Cawkwell, 1963 sigue siendo un referente necesario.

13. Para la distinción entre la διοβελία y el Teórico, y acerca de la creación de la Caja del Teórico, cf. J. Buchanan, 1954, pp. 44-91; N. Valmin, 1963, pp. 189-191; D. K. Roselli, 2009, pp. 7, 29.

14. H. Leppin, 1995.

15. P. J. Rhodes, 1972, pp. 103-106.

la fundación de la segunda Liga en 378/7, fue organizada la percepción del impuesto extraordinario de guerra (εἰσφορά)[16] cuyo cobro debía aprobar la asamblea. A la par, los aliados se comprometieron a tomar en sus congresos (σύνοδοι) las decisiones relativas a la contribución con la que cada ciudad participaría en los esfuerzos militares (συντάξεις). Un presidente de los fondos para la guerra (Στρατιωτικά) gestionaría esos recursos,[17] y seguramente de esos momentos dataría la resolución según la cual, si había algún sobrante del *merismós*, este fuera a parar a la caja militar en caso de guerra.[18]

Con Eubulo es cuando, al lado de la mencionada caja y presidente del fondo militar, se crearon el fondo del Teórico y la figura de su presidente[19] y, en torno al 353/2,[20] se introduciría una ley que establecía que «el excedente de la administración» fuera ingresado regularmente en esta nueva caja cuyas competencias, al parecer, no hicieron sino crecer en la égida del mencionado político. El presidente del Teórico alcanzaría gran influencia en el *merismós*,[21] controlando los ingresos y gastos de la ciudad junto al Consejo, los πολεταί (arrendadores públicos) y los ἀποδέκται o recaudadores ([Arist.] *Ath. Pol.* 47.2). Por la *Constitución de los Atenienses* aristotélica (*Ath. Pol.* 43.1) sabemos que tanto el presidente del Teórico como el de los Fondos militares eran cargos electivos y puede ser que los ejercicios duraran cuatro años.[22] Todo ello hace de las nuevas presidencias económicas elementos novedosos en una democracia directa y participativa, aunque es preciso subrayar que ambos cargos se subordinaban siempre a las decisiones de la asamblea.

16. Fueron creadas las cien sinmorías para el pago de la εἰσφορά. Se hizo una estimación global del valor de los bienes tasables (τίμημα) que ascendió a 5.750 talentos. Se calcula que unos seis mil ciudadanos –los que tuvieran propiedades por valor de 2.500 dracmas o más– estaban sujetos a esa tasa no progresiva cuya proporción era del 1 y el 2% de su capital. También los metecos contribuían. En total se solían recaudar 60 talentos en cada εἰσφορά. Cf. P. Brun, 1983, pp. 8-15; M. R. Christ, 2006, pp. 165-168.

17. G. L. Cawkwell, 1962, pp. 369-370.

18. P. Brun, 1983, pp. 170-171.

19. J. Buchanan, 1954, p. 90. Asociado a Diofanto de Esfeto en esta tarea: cf. *schol. Aeschin.* 3.24.

20. G. L. Cawkwell, 1963, p. 48.

21. P. J. Rhodes, 1972, pp. 103-106, y 2007, pp. 350, 354, 361 afirma que, con la aparición de la comisión del Teórico, ambos presidentes –militar y del Teórico– supervisaban a πολεταί y ἀποδέκται ([Arist.] *Ath. Pol.* 47.2). Los grandes Tesoreros del siglo IV entraron en competencia con el Consejo y finalmente lo desplazarían.

22. Como el texto aristotélico habla de que ejercían de Panateneas a Panateneas se ha pensado que se trate de las Grandes Panateneas: H. Leppin, 1995, p. 559. Influye asimismo el hecho de que Licurgo, después de 336, ejerciera su dirección administrativa tres períodos de cuatro años ([Plut.] *X orat.* 841b-c). D. M. Lewis, 19972, pp. 213-4 y G. L. Cawkwell, 1963, p. 54, no creen que ejercieran más de un año, sino que su influencia se produciría a través de la comisión administradora (tal vez mencionada por Aeschin. 2.149).

Mediante la gestión del Teórico, Eubulo habría implementado la política de la *trophé*,[23] asegurándose la paz social que le permitía emprender obras que daban trabajo a los más pobres, y establecer las bases de la mejora industrial y comercial.

La política de Eubulo consistiría en la realización de obras arquitectónicas como la Σκευοθήκη (arsenales; Aeschin. 3.25), caminos y fuentes (Dem. 13.30) o la fabricación de barcos de la flota pública y hangares (Din. 1.96). Este tipo de acciones daban trabajo a muchos ciudadanos pobres. Por otra parte, se mejoró la técnica de extracción de las minas de plata del sur del Ática,[24] y se legisló para dar seguridad jurídica, mediante juicios rápidos mensuales, a cualquier tipo de comerciante que llegara al Pireo, aunque con sus ciudades de origen no existieran tratados bilaterales (Dem. 7.12; [Arist.] *Ath. Pol.* 59.5). Como había previsto Jenofonte, una política orientada a que la ciudad explotara sus recursos y ubicación naturales podría asegurar la *trophé* de los más necesitados y consolidar así la paz social. Ni qué decir tiene que el incremento de la actividad económica en la ciudad y en el Pireo mejoró la riqueza de todos los grupos sociales.[25]

Como era de esperar no todos aplaudían una gestión del dinero público que significaba asumir la necesidad de subvencionar a los más pobres (τροφή) para asegurar la estabilidad. En la *Política*, Aristóteles parece aludir a Eubulo cuando critica los repartos gratuitos desde los fondos públicos (*Pol.* 1320a-b). Los comentarios del filósofo seguramente son genéricos, pero coinciden con algunas ideas de las que leemos regularmente en Demóstenes o Isócrates, autores que critican las entregas gratuitas que nunca resultan suficiente para quienes las reciben y, sin embargo, los alejaría de la asunción de las responsabilidades bien cívicas o militares, bien productivas.

La controversia sobre el uso del dinero público se agudizó cuando Demóstenes, justo tras la firma de la Paz de Filócrates (346), rompió ruidosamente con Eubulo, Esquines, Filócrates, Foción, Nausicles y cuantos se habían avenido a llegar a acuerdos con el rey de Macedonia (Aeschin. 2.8). Desde entonces Demóstenes exhortó a llevar la guerra contra Filipo a escenarios alejados del Ática, allí donde estaban los intereses tradicionales de Atenas (Tracia, Quersoneso, Helesponto), y eso requería mucho dinero. Eubulo parece haber patrocinado una política de acuerdos concretos con el macedonio. No es que

23. E. M. Burke, 2005 desvela la correlación entre política imperialista y subsidios o sueldos políticos. Con Eubulo empezaría a invertirse la tendencia y el *dêmos* se convertiría en adverso a las aventuras militares, lo que parece haber sido el fundamento del programa de Jenofonte. Cf. L. Sancho Rocher, 2022.

24. H. Montgomery, 1984, pp. 128-129; P. Christensen, 2003, pp. 43-45.

25. C. H. Lyttkens, 2013, pp. 118-122.

Eubulo no viera el peligro que representaba Filipo, o que estuviera dispuesto a entregar Atenas al rey de Macedonia. La línea que representa Eubulo es la de preservar la Grecia central de las intervenciones de Filipo y llegar a acuerdos con él para las áreas septentrionales. Es general la convicción de que Eubulo está detrás de las embajadas enviadas al Peloponeso para lograr el apoyo de los griegos antes de la firma del acuerdo de 346 (Dem. 19.10-11 y 304-305), pero los aliados fueron reticentes a actuar mientras pensaron que sólo los intereses de Atenas estaban en juego. De él surgiría la iniciativa que frenó a Filipo en Termópilas en 352 al mando de Nausicles (Dem. 19.84 y 319; Diod. Sic. 16.37.3; 16.38.1; Dion. Hal. *Din.* 13.3), así como la intervención de Foción en Eubea en 349/8 (Aeschin. 3.86-7; Plut. *Phoc.* 12.1). Pero en 346, según palabras de Demóstenes (19. 291), habló ante la asamblea para forzar el acuerdo que ha pasado a la historia como Paz de Filócrates, amenazando con una leva, la recaudación de una εἰσφορά y el traspaso del Fondo para las subvenciones a la Caja militar:[26]

> Una vez que tú atemorizaste a estos aquí presentes y dijiste que era menester bajar de inmediato al Pireo y pagar contribuciones y convertir los fondos para espectáculos en fondos para empresas militares, o bien votar lo que había defendido ése y había propuesto por escrito el asqueroso Filócrates, a raíz de lo cual aconteció que la paz se trocó de equilibrada en vergonzosa, y, ésos, con los delitos subsiguientes, lo han echado todo a perder, ¿entonces te has reconciliado con ellos?

Si las palabras de Demóstenes transcriben correctamente el contenido del mensaje de Eubulo, no ha de caber duda de que los trasvases desde la Caja del Teórico a la Militar eran legales en 346. Sin embargo, Libanio (*Arg. Dem.* 1.4-5) afirma que todos los fondos públicos los concentraba el Teórico y que una ley prohibía que fueran trasladados a la Caja de la guerra, castigando con la pena capital a quien lo propusiera. Cuando, con motivo de la guerra en Eubea en 349/8, Apolodoro había propuesto algo semejante, el decreto decayó a causa de una acusación de ilegalidad:[27]

26. Dem. 19.291-292: ἐπειδὴ δὲ σὺ μὲν τουτουσὶ δεδιξάμενος καὶ φήσας καταβαίνειν εἰς Πειραιᾶ δεῖν ἤδη καὶ χρήματ' εἰσφέρειν καὶ τὰ θεωρικὰ στρατιωτικὰ ποιεῖν, ἢ χειροτονεῖν ἃ συνεῖπε μὲν οὗτος, ἔγραψε δ' ὁ βδελυρὸς Φιλοκράτης, ἐξ ὧν αἰσχρὰν ἀντ' ἴσης συνέβη γενέσθαι τὴν εἰρήνην, οὗτοι δὲ τοῖς μετὰ ταῦτ' ἀδικήμασι πάντ' ἀπολωλέκασι, τηνικαῦτα διήλλαξαι; (trad. de A. López Eire).

27. [Dem.] 59.4: καὶ μελλόντων στρατεύεσθαι ὑμῶν πανδημεὶ εἴς τε Εὔβοιαν καὶ Ὄλυνθον, ἔγραψε ψήφισμα ἐν τῇ βουλῇ Ἀπολλόδωρος βουλεύων καὶ ἐξήνεγκε προβούλευμα εἰς τὸν δῆμον, λέγον διαχειροτονῆσαι τὸν δῆμον εἴτε δοκεῖ τὰ περιόντα χρήματα τῆς διοικήσεως στρατιωτικὰ εἶναι εἴτε θεωρικά, κελευόντων μὲν τῶν νόμων, ὅταν πόλεμος ᾖ, τὰ περιόντα χρήματα τῆς διοικήσεως στρατιωτικὰ εἶναι, κύριον δ' ἡγούμενος δεῖν τὸν δῆμον εἶναι περὶ τῶν αὑτοῦ ὅ τι ἂν βούληται πρᾶξαι (trad. de J. M. Colubi Falcó).

> Cuando vosotros estabais a punto de hacer una leva general con destino a Eubea y Olinto, Apolodoro, pues era consejero, propuso un decreto en el Consejo y presentó a la asamblea un proyecto de decreto del consejo que decía que el pueblo decidiera por votación a mano alzada si le parecía bien que los *fondos sobrantes de la administración* fueran militares o del Teórico, aunque las leyes permiten que cuando hubiera guerra, los fondos sobrantes de la administración fueran militares. Consideraba, en efecto, que el pueblo debía ser dueño de hacer de lo suyo lo que quisiera.

Apolodoro fue acusado por Estéfano de haber introducido esta moción a pesar de ser deudor del Estado, pero no por el contenido en sí de la propuesta que, por otra parte, fue aprobada por mayoría en la asamblea, como afirma Teomnesto ([Dem.] 59.5). A pesar de eso, es muy frecuente suponer, con base en las palabras de Libanio, que la medida de Apolodoro era ilegal, aunque no se le impusiera la pena de muerte como supone el tardío comentarista sino una multa de un talento. Hay que subrayar que Apolodoro habla sólo de τὰ περιόντα, no de la supresión del Teórico. El Teórico seguramente tendría asignada una cantidad fija en el *merismós*, pero en años buenos ingresaría sumas no despreciables de «lo sobrante».[28] Por lo tanto, si la moción no era ilegal e incluso pareció conveniente al *dêmos*, su ilegalización basada en la condición del proponente vendría promovida desde las líneas de oponentes políticos o personales de Apolodoro. Elevar iniciativas que restaran capitales al Teórico era, sin duda, delicado y hacía que de inmediato se buscara la fórmula para impedir el uso de ese fondo con fines bélicos. Por eso, incluso Demóstenes, durante la crisis de Olinto ocurrida por las mismas fechas, esbozó el asunto de la falta de recursos militares siempre con mucha cautela, manifestando su temor a caer en la ilegalidad (Dem. 1.19-20). En la *Tercera Olíntica* llegó a proponer el nombramiento de legisladores, νομοθέται (3.10-13) para abrogar unas leyes (en plural) que impedirían que la ciudad acudiera al socorro de Olinto. Estas leyes tampoco coinciden con la que leemos en Libanio, sino que, en lugar de τὰ περιόντα, el de Peania habla de la distribución de dinero de la guerra en forma de subvenciones del Teórico, así como de exenciones militares.[29] La propuesta demosténica era unificar la administración para poder tomar decisiones jerarquizando las urgencias (13.9; 1.20; 3.34).

Aunque Demóstenes fue crítico con los donativos y, ante todo, con el rédito político que sacaban los que los defendían (13.1; 3.13), la idea de que los

28. M. H. Hansen, 1976, p. 240, opina que los «excedentes» de la administración constituían una proporción insignificante de lo que ingresaría el Teórico.
29. E. M. Harris, 2006, pp. 60-62, sostiene que Demóstenes no ataca el Teórico ni siquiera en estos discursos. Tiene razón en que habla de leyes en plural y resume el contenido de esas leyes que tendrían que abrogar los νομοθέται. Pero Demóstenes defendió muchas veces la sustitución de las subvenciones por sueldos militares (Dem. 13.2, 4; 8.23).

repartos del Teórico producían efectos beneficiosos se consolidó de tal manera que, en la *Cuarta Filípica* (10.37-39), fechada en 341, decía comprender el papel de este fondo de cara a la cohesión social. Argumentaba entonces que la ciudad tenía ahora más recursos que años atrás y que esas dádivas a los pobres en nada perjudicaban la defensa de la patria. Era la necesidad de mantener la paz social lo que justificaría el uso del dinero público en beneficio de los particulares. Y Demóstenes rogaba entonces comprensión a ambas partes: los ricos debían aceptar los donativos, los pobres no debían perseguir la incautación de los bienes de los más afortunados (10.42-43). Muy poco después (339), sin embargo, el de Peania presentó una ley para que todas las rentas de la ciudad (Philoc. *FGrH* 328 F56a) se concentraran en la guerra ya oficialmente declarada contra Filipo (F54). Esta norma suspendería los repartos del Teórico sólo momentáneamente, ya que el mismo Demóstenes estuvo al frente de la Caja para los espectáculos tras Queronea (Aeschin. 3.24).

Con respecto al extremo social opuesto, el de los más ricos, la Ley de Periandro de 357 suele relacionarse también con el entorno de Eubulo. Esta ley creaba veinte sinmorías para cumplir con la trierarquía, a imitación de las cien ya existentes para el pago de la *eisphorá*. Cada una estaba integrada por sesenta ciudadanos, de modo que «los mil doscientos» se convirtieron desde esos momentos en un grupo bien diferenciado y los únicos obligados por la liturgia más gravosa.[30] Seguramente con ello se buscaba racionalizar y normalizar dicho servicio público, y así asegurar a la ciudad la existencia regular de trierarcos. La ley estableció períodos de dos años de exención de toda liturgia para quienes hubieran desempeñado la trierarquía (Isae. 7.38; Lys. 21.2-5), de modo que la cifra de mil doscientos representa un mínimo para que todos los años hubiera trescientos trierarcos potenciales.

Al parecer el mismo Demóstenes intentó una reforma del sistema descrito poco después de concluida la guerra (354/3) con el fin de llevar la cifra de los mil doscientos hasta dos mil, en previsión de que las múltiples dispensas no perjudicaran el servicio. Su propuesta no gozó de apoyo en esos momentos, pero en 340 sí logró introducir un cambio sustancial en la financiación de la flota (Dem. 18.102-104). Entonces, según sus palabras, fue aprobado que los Trescientos[31] más ricos que, a su vez, eran quienes, en calidad de *proeisphérontes*, adelantaban a la ciudad, en caso de urgencia, la *eisphorá* votada, se

30. No todos podían ejercer la trierarquía de hecho, pues también herederas y menores de edad (cf. Dem. 14.16) formaban parte del grupo selecto de los mil doscientos liturgistas. Cf. V. Gabrielsen, 1994, pp. 70, 77 y 178-180, que estima adecuada la cifra de mil doscientos para cumplir con los plazos de dos años de carencia para la trierarquía y uno para las otras liturgias.

31. En cada una de las cien sinmorías eisfóricas había un ἡγεμών (presidente), un δεύτερος (segundo) y un τρίτος (tercero). Podían tener dificultades para recuperar lo anticipado a la ciudad.

hicieran responsables de la mayor parte del gasto de las trierarquías. En esos momentos seguramente las rentas de la ciudad habían crecido y también las de los más ricos atenienses.

Durante los últimos años de la independencia de Atenas –*grosso modo* desde Queronea a la Guerra Lamíaca (338-322)–, el Eteobutada Licurgo aparece en nuestras fuentes como la cabeza visible de la administración general de todos los recursos (ὁ ἐπῖ τῇ δι[οικήσει τῶ]ν χρημάτων [ταμ]ίαν: Hyp. 5 fr. VII col. 28; [Plut.] *X orat.* 841b).[32] La biografía anónima de Licurgo ([Plut.] *X orat.* 841c) habla de una ley que prohibía que nadie estuviera al frente de la hacienda más de una πεντετηρίς (un quinquenio), pero Licurgo ejercería su influencia, a través de políticos de su círculo, durante tres períodos, en total doce años (debido al modo en que los griegos cuentan los lapsos de tiempo). Esquines (3.25) cita otra ley atribuida a Hegemón que, con posterioridad al 337, habría limitado las competencias asumidas por el presidente del Teórico, así que la magistratura ejercida por Licurgo parece haber estado por encima de las cajas particulares.[33] Sea como fuere, Licurgo y Eubulo tuvieron una actuación similar: evitar guerras inviables, incentivar las obras urbanas, la minería y el comercio, y seguir con la política de subvenciones.[34]

Licurgo tampoco está especialmente documentado en nuestras fuentes, pero al menos tenemos un discurso suyo, el *Contra Leócrates*, que nos traslada la imagen de un hombre íntegro, de una moral cívica estricta, un demócrata y patriota leal a Atenas, a su historia y a sus dioses. El período histórico al que da nombre también se caracteriza por un *revival* de cultos (Artemisa Aristóbula y Apolo Patrôos) y tradiciones, así como por grandes construcciones urbanas escenario de festejos y competiciones (ampliación de la *Pnýx*, teatro de Dioniso, palestra y gimnasio en el Liceo, estadio Panatenaico). Se le atribuye además la organización de la *ephebeía* en un período bianual de formación cívico militar para los jóvenes entre dieciocho y veinte años.

Licurgo aparece siempre asociado a los más radicales antagonistas de los reyes macedónicos, como Demóstenes, Polieucto o Hiperides, pero se cuidó mucho de hacer que Atenas volviera a inmiscuirse en una guerra inútil, política secundada especialmente por políticos como Démades.[35] El resultado es

32. H. Leppin, 1995, pp. 561-562. P. J. Rhodes, 2007, pp. 353-361.

33. Cf. J. Engels, 1992; G. Wirth, 1997; *contra* P. Brun, 2003, quien duda de que concentrase tanto poder, y señala a Filisco, discípulo de Isócrates, como fuente última de Pseudo-Plutarco.

34. La biografía pseudoplutarquea (*X orat.* 843d) cuenta cómo Licurgo persiguió judicialmente al concesionario de minas Dífilo y, una vez condenado, hizo repartir su fortuna a razón de 50 dracmas a cada ciudadano. Con respecto al apoyo al comercio: E. M. Burke, 2010. Para la política de la ἐπίδοσις y los reconocimientos honoríficos, S. Lambert, 2011; M. Faraguna, 2011, pp. 78-79, 81-82.

35. Cf. P. Brun, 2000 para una adecuada interpretación de Démades. Se trataría de un político

que, en la época de Alejandro, la ciudad de Teseo gozó de la *autonomía*[36] pactada con Filipo en el Congreso de Corinto de 337 y de una gestión económica prudente que incrementó los ingresos estatales hasta los mil doscientos talentos anuales ([Plut.] *X orat.* 842f.).

2. El Areópago: su papel en la última época democrática

En el apartado anterior se ha podido ver que las nuevas magistraturas electivas, especializadas en la gestión económica, imprimían una cierta profesionalidad en el sistema de autogobierno ateniense. Siempre sometidas a la asamblea, poseían, sin embargo, tal cantidad de información que servirían de contrapeso a la influencia directa que los rétores ejercían sobre el pueblo. Nos ocuparemos ahora de la función que el Consejo del Areópago desempeñó en las últimas décadas de la historia de la democracia, formulándonos también las preguntas de a qué se deben los cambios visibles y si tienen signo contrario al espíritu democrático.

El *Areopagítico* de Isócrates, que W. Jaeger[37] fechó en 358 por considerarlo anterior a la Guerra Social, ha sido considerado como un prontuario reformista y contrario al poder popular, así como un motor influyente en el *revival* de este Consejo tachado a menudo de promacedónico e incluso oligárquico. Desde mediados del siglo IV tenemos noticias acerca de la realización por el Areópago de ciertas investigaciones judiciales y de sus actuaciones como órgano consultivo de la asamblea, a través de un procedimiento que recibe el nombre de ἀπόφασις. Se atribuye la mayor relevancia que cobra el Areópago a una corriente conservadora, o incluso oligárquica, que encarnaría Isócrates y habría resumido en este discurso. En ese sentido, es preciso subrayar que la composición del Areópago, desde 458, no es distinta de la de, por ejemplo, la *Boulé*, ya que está integrado por ex arcontes, y este cargo era sorteado entre candidatos mayores de treinta años de las tres primeras clases solonianas. Seguramente, en la época que nos ocupa, podrían acceder también ciudadanos del grupo de los *thêtes*. La única y relevante diferencia del Areópago con otras instituciones de la democracia es que era un órgano vitalicio, y eso hizo posible que, en momentos en que habían sido abolidos otros poderes democráticos, se pudiera contar con los areopagitas.

---

pragmático y realista, colaborador de Licurgo y Demóstenes en esta época. Plut. *Mor.* 818e atribuye a Démades haber convencido a los atenienses de no unirse a Agis III en 331, a cambio de recibir una mina (cien dracmas) para las Χόες.

36. G. Wirth, 1998, pp. 88-89, 103; J. Engels, 1989, p. 144.

37. W. Jaeger, 1940.

Isócrates idealiza el pasado democrático en varios de sus escritos e insiste en señalar el desencadenante de su deterioro, que no era otro que el imperio naval. En el tratado que nos ocupa contrasta la democracia bien ordenada, en la que gobernaba el Areópago,[38] con la actual, que debería aspirar a imitar la ordenación antigua. Un factor decisivo para la mejoría sería volver a la elección de los dirigentes y prescindir del sorteo (7.21-23, 26); puesto que los arcontes siguieron siendo seleccionados por sorteo, el Areópago del que habla Isócrates no tuvo reflejo en su composición real en las últimas décadas de la democracia.

Llamativo es también que, en lugar de referirse a la νομοφυλακία del Areópago (es decir, su condición de «guardián de la ley»),[39] hable de la εὐκοσμία (buen orden) y la εὐταξία (disciplina)[40] en la idea de que las buenas costumbres tradicionales y la buena educación son más efectivas que el exceso de normas positivas (7.37-41). Para Isócrates, como para Aristóteles,[41] el pueblo común quiere tener tiempo para dedicarse a lo suyo, y por eso aspira sólo a poder elegir y controlar a los mandatarios (7.24-25). En cuanto al asunto del trabajo cotidiano, Isócrates repudia la inactividad como amoral y predica que el Areópago la castigue como una falta (7.44). En buena lógica, es contrario a las dádivas que acompañan a los festejos públicos (7.52-53, 82; cf. 8.13; 15.152) y que tanto habrían aumentado a raíz de la política de la *trophé* que ya hemos analizado.

Estamos escasamente informados acerca de la actividad del Areópago desde Efialtes hasta mediados de la cuarta centuria pero, en contra de la sostenida idea de que el Areópago era un reducto de oligarcas, vemos que ni los Cuatrocientos ni los Treinta contaron con los areopagitas en sus fórmulas de gobierno, mientras que, por el contrario, Lisias (12.69) menciona el hecho de que en 404 el Areópago se hallaba reunido, deliberando sobre la salvación (σωτηρία) de la ciudad, cuando Terámenes negociaba en Esparta la rendición de Atenas. No sería extraño que la asamblea hubiera solicitado de este Consejo una opinión o informe, dada la situación de extrema postración y la urgencia por llegar al mejor acuerdo con el vencedor evitando un cambio radical en el sistema político. Lamentablemente, la falta de detalles sobre las circunstancias del hecho nos conduce sólo a plantear una hipótesis basada en

38. Es muy posible que se refiriera al prestigio del que gozó entre 480 y 462: Arist. *Pol.* 1304a, [Arist.] *Ath. Pol.* 23.2; 25.1; Plut. *Them.* 10.6 (citando a Clidemo).

39. El poder que, según la *Ath. Pol.* 8.4, Solón dejó al Areópago.

40. R. W. Wallace, 19892, p. 151.

41. Sobre la conveniencia de llevar una vida políticamente menos activa para poder dedicarse a mejorar la situación económica, cf. A. Bartzoka, 2015, pp. 179-181. Para la democracia primitiva en Aristóteles, cf. *Pol.* 1291b, 1292b, 1318b, cf. 1274a.

la relación del Areópago con situaciones límite, cuando la cuestión de la salvación exige cohesión social plena.[42] Es muy probable que, como sostiene O. De Bruyn,[43] el Areópago hubiera guardado, después de las reformas de Efialtes, la facultad de investigar delitos ocultos contra el Estado, justamente el tipo de infracciones que conocemos desde la década de los 340. La innovación de 462 consistiría en vetar que el viejo Consejo pudiera condenar y sancionar sin que una asamblea así lo dispusiera.

Esa facultad de indagación es lo que haría que se contara con el Areópago en momentos de máxima urgencia. Nuestra información sobre el incremento de la actividad del Areópago, y acerca de la estimación y confianza que inspiraba esta Cámara, procede de discursos tardíos; el *Contra Demóstenes* de Dinarco fue redactado para el caso de Hárpalo, un asunto que se dirimió en el último año de la democracia de Atenas (323) y en el que estuvieron implicados varios políticos acusados de haber aceptado sobornos del tesorero de Alejandro.

Es sólo con Dinarco (1.50, 55) con quien tenemos una exposición clara de cuál es la tarea que puede realizar el Areópago: investigaciones e informes bien por iniciativa propia, bien por encargo de la asamblea. Sin embargo, el citado orador también dice que esta Cámara era «soberana» (κυρία) para desterrar o mandar ejecutar a los que cometían actos ilegales contra la ciudad (Din. 1.6: παράνομόν τι τῶν ἐν τῇ πόλει) y para hacer que todos los ciudadanos se sirvieran de las leyes tradicionales (Din. 1.62: κυρίαν [...] κολάσαι [...] χρωμένην τοῖς πατρίοις νόμους).[44] El Areópago, en suma, tendría en sus manos la protección de la democracia y de la πολιτεία, así como la salvación de la ciudad (1.9).[45] Sin embargo, ni siquiera en la ocasión señalada, el Areópago ejerció un poder como el enaltecido por Dinarco ya que, después de emitir sus informes, un tribunal popular juzgó y sentenció a los imputados. A menudo los jueces populares eran más benévolos de lo que el Areópago había recomendado (Din. 1.55).

Pero ya mucho antes del año 323 tenemos noticias claras de la labor de averiguación realizada por el Areópago. Por citar algunos casos relevantes,

42. S. Saïd, 1993; R. Zelnick-Abramowitz, 2011.

43. O. De Bruyn, 1995, pp. 103-104.

44. En [Arist.] *Ath. Pol.* 3.6 (κολάζουσα καὶ ζημιοῦσα [...] κυρίως) y 8.4 (κυρία καὶ ζημιοῦν καὶ κολαζεῖν), también se atribuye al Areópago arcaico esa capacidad de castigar sin apelación. La alusión a las «leyes tradicionales» que Dinarco hace en este pasaje es un indicio claro de que no atribuye esos poderes a un «decreto» de Demóstenes.

45. Se plantea la cuestión de si los términos de Dinarco recogen textualmente o en parte un decreto, que se atribuye a Demóstenes, de 343 o de 338. Cf. R. W. Wallace, 2000, pp. 582-583, 585, 588. I. Worthington, 1992, pp. 228, 397. Tanto O. De Bruyn, 1995, p. 118, como E. M. Harris, 2016, p. 78, sostienen que Dinarco nunca habla de una ley sino de decretos.

recordemos el del arconte Teógenes ([Dem.] 59.79-83) que ha de fecharse seguramente antes de 350. Es un ejemplo de pesquisa realizada por iniciativa propia del Areópago, dado que un arconte en ejercicio era un inminente areopagita, por lo que el Consejo forzó el divorcio de Teógenes y Fano ante la sospecha de que ella ya había estado casada previamente y no era virgen al contraer matrimonio tal como exigía la dignidad de la *basilínna*. Antes de 345, el Areópago fue consultado acerca de la reconstrucción de las casas vacías de la *Pnýx* como había propuesto Timarco. Esquines (1.81-84) narra cómo el Areópago en pleno informó a la asamblea, añadiendo que su función tradicional (οὐ γὰρ ἡμῖν πάτριον ἐστιν) no era ni acusar ni defender. En este caso el informe no tiene que ver con un delito, por lo que es posible que esté relacionado con las competencias del Areópago en materia de religión.

Es a partir de la Paz de Filócrates (346) cuando los casos que citan nuestras fuentes se concentran en el tiempo. Y no es casual que suceda así, porque la fuente fundamental sigue siendo Dinarco (1.62-63) en su discurso contra Demóstenes escrito para el juicio de 323, en el que atribuye a este rétor la responsabilidad de ciertas condenas a causa de un «decreto» (ψήφισμα, πρόσταγμα) emitido por él. La argumentación de Dinarco se fundamenta en conceder credibilidad y «soberanía» total al Areópago puesto que en 323 el citado Consejo había emitido ya un informe condenatorio del de Peania y de otros políticos. Dinarco apela a condenas anteriores propiciadas por Demóstenes porque ahora el acusado se había comprometido a aceptar la pena capital si el Areópago fallaba en su contra.

El motor de los varios casos que enumera Dinarco sería un decreto de Demóstenes (γράψας αὐτὸς τὸ ψήφισμα), emitido por motivos políticos. Como ya he señalado antes, en 346, a raíz de la firma de la Paz de Filócrates, Demóstenes se distanció de Eubulo y su círculo. Empezó entonces su campaña contra los dirigentes a los que tachaba de promacedónicos y amigos de Filipo, y en esa línea se enmarca la persecución contra Antifonte al que acusaba de querer entregar el puerto al macedonio. Con ese fin, Demóstenes instrumentalizó al Areópago que, en esta contienda, tomó posición a su lado. El asunto de Antifonte lo menciona también Demóstenes en su discurso de 330 (18.132-133; cf. Plut. *Dem.* 14.5) y lo tenemos bien situado en 345. Es esta fecha la que nos ayuda a ubicar el resto de asuntos mencionados por Dinarco, ya que, fruto del mismo decreto, todos se produjeron por ese tiempo[46] y todos se iniciaron a partir de informes del Areópago. Dinarco cita, primero, un padre y un hijo cuya identidad desconocemos,[47] luego un descendiente de Harmodio

46. R. W. Wallace, 19892, pp. 117-119.

47. No tiene mucho sentido que se trate de los guardianes del dinero de Hárpalo en la Acrópolis, como quiere I. Worthington, 1992, pp. 51, 226.

que debe de ser el general Próxeno de 346, condenado por sus fracasos (Dem. 19.280) y, tras Antifonte, que es el tercero en su enumeración, a Carino, también desconocido, pero condenado por traición.[48]

Dinarco no dice nada sobre los hechos que conocemos por Licurgo y que pertenecen a los momentos que siguen a la derrota de Queronea; la razón es que Demóstenes no sería entonces el responsable del decreto que encargara al Areópago, de nuevo, la investigación sobre los que incurrían en el delito de traición. Licurgo (1.52) habla de que el Areópago ordenó la detención y ejecución de los que intentaban huir de Atenas tras la derrota, lo que ha hecho hablar de una justicia sumarísima, muy excepcional. El Eteobutada (Lyc. 1.53), tras evocar el papel desempeñado por el Areópago como antecedente de autoridad para el castigo merecido por Leócrates, señala la condena ante jueces de Autólico, un areopagita que se llevó a su familia fuera de Atenas, y habla de un decreto del pueblo según el cual huir de la patria en esos momentos era traición y debía castigarse con la pena máxima. Si el discurso de Licurgo sigue una ordenación cronológica, el decreto es posterior a las condenas del Areópago.[49] Pero ¿debemos concluir que el orador está interesado ante todo en ordenar los hechos, o hemos de valorar el efecto retórico buscado? Mencionar al Areópago como causante de las condenas confería un aval significativo para la pena que él pedía para Leócrates. No es obligado, por lo tanto, seguir la ordenación de la exposición ni la aparente responsabilidad soberana del Areópago que se desprende del discurso,[50] si tenemos en cuenta que Licurgo cierra su relato sobre los hechos de 338 diciendo «hallados culpables por el más justo Consejo (κατέγνωσται μὲν παρὰ τῷ δικαιοτάτῳ συνεδρίῳ), condenados por vosotros, los sorteados para juzgar… (κατεψήφισται δ᾽ὑφ᾽ὑμῶν τῶν δικάζειν λαχόντων)», frases que sugieren más bien que el decreto popular precedió a la investigación del Areópago —al que estaría calificando de «el más justo»— y esta fue seguida de juicio (tal vez bastante sumario) ante tribunal con el resultado de la pena capital.[51]

Los oradores tardíos, tanto Licurgo (en 330) como Dinarco (en 323), comparten la plena confianza en el criterio del Areópago y, en modo alguno, lo consideran hostil a la democracia sino todo lo contrario. Plutarco (*Phoc.* 16.4), por su parte, afirma que el Consejo también presionó para que, en lugar de Caridemo, fuera elegido Foción como estratego. Este biógrafo entiende que, de esa manera, el Areópago habría quebrado la voluntad de los «revo-

48. Citado como traidor también en un discurso de 340/1 ([Dem.] 58.38).

49. O. De Bruyn, 1995, p. 152.

50. R. W. Wallace, 19892, p. 118. L. Sancho Rocher, 2021, pp. 71-72.

51. Tampoco Esquines (3.252), que relata la condena a muerte por el Areópago de un individuo anónimo que intentó huir a Samos, menciona ningún ψήφισμα ni juicio ante tribunal.

lucionarios» y habría apoyado a los «mejores», frase que se da a menudo como veraz, sin considerar que se trata de una valoración personal del autor. Si la noticia encierra un núcleo de verdad, este ha de ser que el Areópago aconsejó (mediante ἀπόφασις) tratar de llegar al mejor acuerdo con el vencedor para lo cual Foción era el indicado como estratego para la ciudad, y Démades como negociador (Dem. 18.285; Diod. Sic. 16.87; Just. *Epit.* 9.4.4-6).[52]

Una ley de Eucrates (Rhodes-Osborne, n.º 79), emitida por nomótetas (l. 6) en 337/6 y cuya inscripción fue hallada en el noroeste del ágora de Atenas en 1952, prohibía a los areopagitas reunirse en caso de golpe de estado tiránico (ll. 6-22). La estela, en excepcional estado de conservación, está decorada con la imagen de *Demokratía* coronando a *Dêmos*, proclamando de esta manera inequívoca la soberanía del pueblo.[53] El contenido retoma el espíritu de leyes muy antiguas de contenido similar.[54] Una de estas sería el denominado decreto de Demofanto, seguramente introducido en 399[55] y que invoca el mismo Licurgo en su acusación contra Leócrates. Es llamativo que en 330 parezca olvidada una ley de 336 y se recuerde un «decreto» bastante más antiguo. Pero la razón puede estar en el hecho de que Demofanto instituyó un juramento de lealtad al *dêmos* (Lyc. 1.124; cf. Dem. 20.159) que tenía la virtud de comprometer a los ciudadanos de manera activa.[56] Sin duda, la medida de 337 se inscribe en el clima del momento en el que el sistema político ateniense recurría al autoencomio, lo que no significa que el Areópago esté conceptuado en su contenido como enemigo del *dêmos*. La ley obligaba a colocar una copia ante el Areópago y otra en la *Pnýx*, lo que indicaría que ambas instituciones actuaban y debían actuar de manera complementaria.[57]

Finalmente, hemos de centrarnos en el caso de Hárpalo que es el que nos ha permitido saber cuáles eran las competencias reales del Areópago. Y, como ya hemos señalado, justamente es en estos momentos cuando el Areópago recibe esos calurosos elogios que lo elevan a salvador de la *politeía* y de la patria. Hárpalo, tesorero de Alejandro, había huido de Babilonia (325/4) antes de que regresara el rey, debido al temor a represalias por sus dispendios y excesos de todo tipo.[58] Se dirigió a Atenas donde esperaba ser acogido al po-

52. Caridemo debía de ser ya persona non grata en la corte macedónica, y el único al que Alejandro no perdonó en 335: Diod. Sic. 17.4.6-7, 15; Arr. *Anab.* 1.10.3-6; Plut. *Dem.* 23.3-4; *Phoc.* 17.2.
53. A. J. L. Blanshard, 2004.
54. M. Ostwald, 1955.
55. M. Canevaro y E. Harris, 2012, p. 125.
56. D. A. Teergarden, 2014, pp. 44-45.
57. J. Engels, 1988, pp. 197 y 204.
58. Para este personaje, el contexto de su huida y las implicaciones de su asilo político en Atenas, cf. E. Badian, 1961.

seer la ciudadanía honorífica, pero los atenienses no le permitieron desembarcar con cinco mil talentos, treinta trirremes y seis mil mercenarios. Así que Hárpalo se dirigió a Ténaro, que ya anteriormente era un campamento mercenario, y allí dejó la mayor parte de esos hombres y recursos. En su segunda aparición en Atenas, Hárpalo se presentó como suplicante (Diod. Sic. 17.108.7), y el estratego del Pireo, Filocles, le permitió la entrada (Din. 1.3) al final de la primavera de 324. En esos momentos ya habría llegado a Grecia Nicanor de Estagira quien, como embajador de Alejandro ante los Juegos Olímpicos de ese año, iba a hacer públicos dos decretos: el que permitía el regreso de los exiliados a sus ciudades y la propuesta de divinización de Alejandro. Ante la expectativa se habían reunido en Olimpia más de veinte mil exiliados (Diod. Sic. 18.8.3-5).

El decreto de los exiliados amenazaba la continuidad de la cleruquía ateniense en Samos, fundada en 365 por Timoteo y consentida por Filipo tras su victoria en 338. Se ha calculado que unos diez mil atenienses residían en la isla.[59] Que Hárpalo hubiera recibido asilo en Atenas[60] creaba un problema a la hora de negociar con Alejandro la continuidad de la cleruquía, así que Demóstenes propuso y la asamblea aceptó, detener a Hárpalo y guardar en la Acrópolis el dinero que aún llevaba. Mientras tanto, él partiría a Olimpia en calidad de ἀρχιθεωρός para negociar con Nicanor. El problema se agravó cuando, antes de regresar Demóstenes, Hárpalo huyó y, de los setecientos talentos que había declarado traer consigo, sólo quedaba la mitad en la Acrópolis. Este hecho dio pábulo a las sospechas de aceptación de sobornos y propició las acusaciones generadas por la rivalidad entre los políticos. Entre los más comprometidos estaban Demóstenes y Démades. Entretanto una embajada había partido para entrevistarse con Alejandro en Babilonia y el Areópago era encargado de la investigación sobre la desaparición del dinero. Demóstenes y Filocles proclamaron que si el Areópago los declaraba culpables se someterían sin juicio a la pena capital (Din. 3.2, 5, 16, 21; Hyp. 5 fr. VIII col. 34).

Se discute si efectivamente Hárpalo había depositado setecientos talentos, y si varios políticos habían aceptado coimas o el tesorero simplemente había pagado a quienes se prestaban a defender su causa.[61] Sea como fuere, lo que se dirimía en esos momentos era, sobre todo, una cuestión política: Hiperides,

59. P. Brun, 2000, p. 109; 2015, pp. 258-259.

60. Había sido reclamado por Filoxeno, sátrapa de Cilicia (Hyp. 5 fr. III col. 8; cf. Paus. 2.33.4), Antípatro, regente de Macedonia ([Plu.] *X orat.* 846b), y por Olimpia, la madre de Alejandro (Diod. Sic. 17.108.7).

61. I. Worthington, 1992, pp. 66-69 y 74, duda de que Hárpalo llegara a Atenas con más de cuatrocientos cincuenta. Dinarco (1.89) dice que, por el momento, se habían contabilizado sesenta y cuatro talentos en sobornos.

uno de los más acerados persecutores de los supuestos corruptos, era partidario de la guerra, mientras que, durante años, Demóstenes y Démades habían apoyado la política de Licurgo que aseguraba a Atenas la *autonomía* interna. Hiperides estaba ya en contacto con Leóstenes, el general de Ténaro (Diod. Sic. 17.111.2-3; Plut. *Mor.* 486d; [Plut.] *X orat.* 848e, Plut. *Phoc.* 23) y deseaba gastar el dinero aportado por Hárpalo y emplear los mercenarios acantonados en Ténaro para dicha contienda. Al regreso de la embajada, las noticias no serían esperanzadoras en relación con la cleruquía, circunstancia no casual elegida por el Areópago para hacer públicos los resultados de su investigación (Din. 1.45; Hyp. 5 fr. VII col. 31) y declarar culpables de soborno a varios hombres relevantes.[62] Finalmente la repentina muerte de Alejandro decidió a los belicistas a declarar la guerra a Antípatro.

En suma, los juicios a los políticos imputados por el Areópago siguieron los protocolos bien conocidos, al menos desde más de tres décadas atrás. Un decreto de la asamblea ordenó hacer las averiguaciones y los informes al Areópago, este hizo público el resultado de sus pesquisas en forma de *apopháseis* y, a pesar de lo prometido previamente por Demóstenes y Filocles, se celebró un juicio posterior ante tribunal. Como otras veces, se evidenció también la posibilidad de que los jueces corrigieran la opinión del Consejo, y Aristogitón, incriminado por el Areópago (Din. 2.5; 17), fue absuelto por el tribunal (Dem. *Ep.* 3.37). Demóstenes sostuvo que su imputación respondía al deseo de congraciarse a Alejandro (Hyp. 5 fr. III col. 14) lo cual tiene bastante sentido, pues con el castigo de unos cuantos políticos se pretendía mandar el mensaje de que la ciudad no estaba de acuerdo con la retención y posterior fuga de Hárpalo, ni con la inmovilización del dinero de Alejandro. También afirmó el de Peania que el dinero lo había tomado en préstamo para el Teórico (Hyp. 5 fr. III col. 13). Al final fue declarado culpable de haber aceptado veinte talentos de Hárpalo (Din. 1.53; Plut. *Dem.* 25.4) y se le impuso una multa de cincuenta talentos, lo que ha hecho suponer que de los veinte recibidos sólo cinco se los habría apropiado personalmente.[63]

El de Peania marchó al exilio, pero fue autorizado a regresar, a la muerte de Alejandro, cuando se unió a la causa helénica de la guerra (Plu. *Dem.* 27.3, 7).

62. W. Will, 1984, pp. 125-126, cree que el miedo a las represalias de Alejandro sirvió a la contienda entre los políticos. El Areópago no aportó pruebas (Hyp. 5 fr. III col. 6). Las quejas de Demóstenes al respecto (*Ep.* 2.2, 12, 14-15; 3.42) indicarían que se trataba de un hecho atípico, lo que le llevó a hacer un requerimiento (προκλήσις) al tribunal para que se las exigiera al Areópago (Hyp. 5 fr. II col. 3).

63. La penalización por soborno ascendía al décuplo de lo cobrado. P. Brun, 2015, p. 286, se inclina por pensar que Demóstenes sólo se apropió de 5 talentos y que los 15 restantes preveía usarlos para la ciudad. Démades fue condenado por recibir cinco mil estáteras (Hyp. 5. fr. II col. 11), que es una cantidad equivalente.

3. Conclusión

Las novedades institucionales que aparecen en las últimas décadas de la democracia de Atenas demuestran, en primer lugar, la vitalidad de un sistema político capaz de ir adaptándose a las necesidades y mejorar la gestión pública. En primer lugar, las magistraturas económicas optimizaron los ingresos de la ciudad al tomar medidas técnicas y jurídicas para explotar los recursos propios y, sobre todo, administrarlos mejor. Mucho debió de contribuir a ello la reducción del gasto militar. En parte, esas entradas de dinero permitieron crear trabajo para los más desfavorecidos y desarrollar la política de la *trophé*, regularizando las subvenciones a cuenta del Estado.

Otra de las instituciones que, después de mediados de siglo, empieza a cobrar relieve es el Areópago, que actúa como órgano consultivo por encargo de la asamblea. Las *apopháseis* suelen ser informes penales que preceden a un juicio ante tribunal popular, aunque la asamblea también le pide a veces un dictamen sobre temas políticos. El Areópago no es autónomo para imponer sanciones, aunque puede corregir el comportamiento de sus miembros. La sospecha de que el Areópago sea un reducto oligárquico o promacedónico no está fundada en sus actuaciones. Tanto con posterioridad a la Paz de Filócrates, como en el caso de Hárpalo, estuvo envuelto en la persecución de aquellos que eran sospechosos de traicionar la democracia, y en esos momentos se evidenció que el sentir popular influía en sus informes. La soberanía de la asamblea estuvo vigente hasta la derrota en la Guerra Lamíaca pero las instituciones estudiadas en estas páginas hicieron que la información que a ella llegaba estuviera más documentada.

